

«EL JUEVES» Y EL LENGUAJE HABLADO

MIGUEL Á. REBOLLO TORÍO

La elección de un título como éste puede resultar por lo menos extraño pues implica relacionar un texto escrito, el de la revista de humor *El Jueves*, con un nivel de lenguaje poco acorde con lo escrito. No obstante, lo que voy a plantear en este análisis es la plasmación de algunos aspectos del lenguaje hablado en *El Jueves*. Quizá tampoco fuera desproporcionado aludir al «lenguaje coloquial de *El Jueves*», pese a las dificultades y «trampas» que supone la *mímesis de lo oral o escritura del habla*, con los inconvenientes de:

- 1) el trasplante de un nivel de habla (el coloquial) a otro (el literario)
- 2) la carencia de autenticidad¹.

Sin embargo, en una revista —y más si es de humor— puede haber una mayor proximidad al «lenguaje de la calle»², un especial interés por recoger giros, sintaxis... y pronunciación (dentro de lo posible) acorde con lo que se oye. Ciertamente, un vistazo a *El Jueves*, más bien a ciertas historietas, nos da la pauta de que nos encontramos con una revista diferente de otras muchas. No se trata de caracterizar el lenguaje coloquial por lo que se percibe en esta revista, sino que sería deseable realizar el camino inverso: cotejar lo que en *El Jueves* aparece y ver si está conforme con lo que oímos en determinadas situaciones.

¹ Vid. «Sintaxis coloquial: problemas y métodos», de A. Narbona Jiménez en su obra *Sintaxis española: nuevos y viejos enfoques*, Barcelona, Ariel, 1989, 149-169, especialmente 150-151.

² Lenguaje de la calle, lenguaje coloquial, lenguaje hablado... no son términos intercambiables. Cierto es que la oralidad abarca todas las facetas, de ahí el establecimiento de unas pautas y su análisis en estudios frecuentes en los últimos años. Ahora bien, en este tipo de lenguaje pueden darse registros diversos. En el caso de *El Jueves*, como veremos, la inclusión de vulgarismos y elementos de marginalidad es constante.

La elección de esta revista se justifica por varios motivos de entre los que destaco dos. Es en primer lugar una revista no seria, por lo que la libertad de tratamiento alcanza al fondo y a la forma: ni hay artículos solemnes o serios ni deben ser enfocados bajo los cánones de una lengua ortodoxa desde un punto de vista académico. En segundo lugar, está asentada sólidamente en la vida cultural española puesto que en 1997 cumplía veinte años³.

Esos veinte años transcurridos constituyen un período largo en una publicación. Algunos de sus colaboradores más influyentes han desaparecido, Ivá es tal vez el autor cuya ausencia se echa más en falta, pero *El Jueves* merece una llamada de atención por muchos motivos. Ya he indicado que estamos ante una revista de humor, y esto es algo que convendría matizar. También hay humor en un tradicional TBO y en tantas otras publicaciones, pero no es eso sólo, *el Jueves* enraíza con *El Hermano Lobo* y con *El Pápus*, revistas, éstas últimas, hechas de algo más que de humor intemporal. En otras palabras, son revistas que atienden a la realidad inmediata, a la sociedad, si bien sus fuentes son diversas y entremezcladas. Uno de los críticos sitúa así *el Jueves*:

El Jueves, siguiendo la estela iniciada por *El Pápus*, apostó por apoyarse en los códigos narrativos del tebeo mucho más que en los del chiste gráfico y supo impulsar a lo largo de sus diversas etapas una serie de personajes que en muchos casos acabaron por conseguir una popularidad tan notoria como la que en su día poseyeron muchos de los ídolos de la escuela de Bruguera⁴.

No es mi pretensión entrar en problemas de chistes, historietas y cuestiones conexas, sino de tratar de dos aspectos: la influencia que otorga la popularidad por una parte, y los recursos lingüísticos de que se valen sus autores por otra⁵. Ciertamente es que la representación escrita prescinde, por fuerza, de toda la riqueza que el habla manifiesta, pero no deja de tener interés ver cómo a través de la escritura se manifiestan rasgos inequívocamente hablados.

³ La longevidad de la revista mereció una exposición retrospectiva en la Fundación «Carlos de Amberes» en Madrid.

⁴ F. Hernández Cava: «*El Jueves*: 20 años con algo más que un tebeo», *El Mundo*, 9 de julio de 1997, pág. 57. Otros medios también han aludido a la importancia de la revista y a su vinculación con otras de la época: «Mientras juguetea con la boina capona que tiene junto a su ordenador —él y Fer se la ponen cada vez que cometen un error con la informática—, José Luis Martín habla con nostalgia de los años locos de la fundación de la revista. Eran los tiempos casposos del tardofranquismo, cuando las portadas de *Barrabás*, *Por Favor*, *Hermano Lobo*, *Matarratos*, *El Pápus*, etc., eran una promesa de carcajadas en libertad y de visitas a los juzgados» (*Hoy*, Domingo, 22 de junio de 1997, pág. 5)

⁵ Sobre la influencia, tan difícil de establecer y sobre la que volveré más adelante, me limito, en principio, a señalar que un periodista, ante una ciudad, Madrid, saturada de obras, le escribe al alcalde de la capital un comunicado y termina diciendo: «Y le envía al alcalde un saludo cordial. Dicho sea en castizo, señor alcalde: se le saluda con *afesto*» (J. Vidal, «Obras», *El País*, 22 de julio de 1997, pág. 2.) Me interesa destacar que ese saludo tan «castizo» se concreta, fonéticamente, en la transformación de la -C implosiva en una -S.

El Jueves es una publicación compleja de analizar porque incorpora muchos elementos. Caben en su interior aspectos femeninos, pese a que no sea una revista de este tipo, semejante a las que en otros tiempos hubo en nuestro país⁶ y puede comprobarse en, por ejemplo, las historietas protagonizadas por la seductora «Mamen» o también, y es otro punto de vista, por la supremacía que tienen siempre las mujeres en las historias de «Manolo», entre otras posibilidades. Me refiero a que el tratamiento de la mujer está visto no precisamente desde un punto de vista «machista». La revista no es ni de hombres ni de mujeres. Además, *El Jueves* no puede encasillarse en un tebeo o un cómic por más que tenga unos orígenes que apuntan a tales denominaciones⁷. Me parece más exacto y acorde con sus contenidos el de «revista»⁸ pese a que alguien pueda pensar que es algo acomodaticio, pero ése es también el eslogan que se lee en la portada: «El Jueves. La revista que sale los miércoles». Estamos ante una publicación que da entrada a historias diversas, unidas por el humor, en la que se integran formas estructurales tan diferentes como las viñetas del profesor Cojonciano, tiras breves de dos o tres recuadros, historietas como las de Makinavaja o, incluso, las formas sencillas de un Forges⁹.

⁶ Una visión de la historia de este tipo en España puede verse en la obra conocida de José Antonio Ramírez: *El «cómic» femenino en España*, Madrid, Edicusa, 1975.

⁷ No vale la pena discutir ya sobre un término u otro, que, en todo caso, denotan barreras de edad: hace unos cuantos años se pedían *tebeos* en los quioscos, ahora se compran *cómics*, *mangas* o quién sabe qué. No pretendo confundir unos términos con otros, pues sería bárbaro decir que lo que se leía hace años eran *mangas*, cuyas características son distintas. Las denominaciones no son simples rótulos. Ahora bien entre el *tebeo* y el *cómic* existen ciertas concomitancias. Así, en una obra de Luis Gasca se lee: «El tebeo puede definirse como una narración gráfica en forma de viñetas, en la que los textos se encuentran encerrados en unos “globos” o nubecillas que salen de la boca de los protagonistas (...) [en Estados Unidos se llaman] *funnies* o *comic strip*; es decir, tira cómica... De esta última acepción, ha surgido el nombre genérico de *comic*, de gran actualidad estos últimos años, y muy popular en la mayoría de los idiomas. En España, los niños han popularizado de forma extraordinaria la palabra *tebeo*» (*Tebeo y cultura de masas*, Madrid, Edit. Prensa Española, 1966, pág. 21). La fecha marca la confluencia de los dos términos en nuestro idioma. La pugna entre ambos se ha resuelto a favor de «cómic», hecho que puede advertirse en los títulos de algunas obras como las de Román Gubern: *El lenguaje de los cómics*, Barcelona, Península, 1972, o del propio Luis Gasca: *Los cómics en España*, Barcelona, Lumen, 1969, en incluso en el título ambivalente de Juan Antonio Ramírez: *la historieta cómica de postguerra*, Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1975, en la que se analizan los cómics en España.

⁸ La definición del *DRAE* es amplia pero válida: «Publicación periódica por cuadernos, con escritos sobre varias materias, o sobre una sola especialmente» (s.v.: *revista*, 5ª acepción. Edición 21ª, 1992).

⁹ Excluyo el término «chiste» porque podría inducir a error. Para determinar lo que es un «chiste» y sus características puede acudir al libro de Ana Mª Vigara Tauste: *El Chiste y la comunicación lúdica: lenguaje y praxis*, Madrid, Ediciones Libertarias, 1994. Sin embargo, no es fácil delimitar todas las fronteras que intervienen en torno al fenómeno del humor. En un sentido amplio no caben dudas de las diferencias entre un Chiquito de la Calzada y un Peridis, pero tratar de establecer las distinciones con más agudeza no es fácil. Por ejemplo, pensamos en que lo que «cuentan» Gila o Coll son chistes, pero lo que aparece en un periódico, publicado por

Si acordamos, pues, que la denominación de «revista» nos conviene, podemos tratar de establecer algunas características del lenguaje de *El Jueves*. Para ello, me interesa destacar dos cuestiones muy dispares, pero necesarias: los géneros de la revista y el lenguaje coloquial.

Aludo a géneros en un sentido no estrictamente literario, sino en el sentido que acabo de indicar, es decir, en que se aportan materiales dispares de autores muy distintos. Esto explica la repercusión en el lenguaje. Si bien todos están unidos por el «desenfado», cada «género» dispone de su manera propia de expresarse. Así, por aludir a dos humoristas conocidos (y sin necesidad de acudir al dibujo), todos diferenciamos entre la forma de expresarse de Forges frente a la de Mingote. Igual sucede con lo que encontramos en *El Jueves*: entre el desarrollo de los «Grouñidos del desierto», en el que el humor se apoya en la lógica del absurdo, y «Pascual, mayordomo real», en el que se critica a la monarquía mediante la caricatura, hay grandes diferencias. Más llamativo, desde un punto de vista lingüístico, son las historietas del célebre Makinavaja o el léxico tan marcado de «Martínez el facha». En las portadas se manifiesta con claridad lo que aquí expreso: varían de acuerdo con el autor. Las portadas se relacionan siempre con algún aspecto de la actualidad, sin rehuir nada, por lo que el conocimiento del contexto es vital, y su vigencia muy efímera.

Los números más interesantes son los ordinarios. Frente a éstos, los extraordinarios ofrecen una visión monotemática, con sus pros y contras, pero van más acordes con la realidad y son más variados los que salen a la luz todas las semanas. Lo que he indicado hasta aquí no recoge, en absoluto, toda la riqueza y disparidad de los colaboradores de *El Jueves*, ahora bien sí espero que sirva para señalar que la revista es muy compleja¹⁰. Lo que me interesa abordar es la cuestión que he enunciado antes y que me atrae mucho más. Me refiero al tipo de lenguaje. La primera impresión que se tiene al abrir ciertas páginas de *El Jueves* es la de que estamos, en las historietas, ante un tipo de lenguaje, que, en principio, no es precisamente la manera «correcta» de hablar que tienen las personas en una conversación habitual sobre cualquier tema. Sí parece que estamos ante un lenguaje coloquial, en el que habrá que diferenciar matices. Veamos, en principio, algunas cuestiones teóricas sobre el lenguaje coloquial y analicemos después algunos textos para poder llegar a unas conclusiones. Se puede intercalar con vulgarismos una conversación coloquial, pero no necesariamente un lenguaje coloquial ha de recurrir por fuerza a lo vulgar. Son precisiones que no por conocidas deben dejar de indicarse. Sobre el lenguaje coloquial hay mucha bibliografía en los últimos años. Si tuviera que

esos mismos profesionales no son ya «chistes», o al menos, no los denominamos categóricamente así.

¹⁰ Además de la propia revista, es habitual recurrir a la inserción de pósters y de suplementos.

acudir a alguien para precisar lo que es el lenguaje coloquial, podría servirme de los estudios de Antonio Briz¹¹. No voy a entrar en detalles sobre los rasgos caracterizadores ni en la explicación pormenorizada de cada uno de ellos. Veamos únicamente una definición:

En suma, una conversación no preparada, con fines interpersonales, informal, que tiene lugar en un marco de interacción familiar, entre iguales (sociales o funcionales) que comparten experiencias comunes y en la que se habla de temas cotidianos, es coloquial prototípica. Si hay ausencia de alguno de estos cuatro últimos rasgos, si bien neutralizada por otro(s), la conversación se considera coloquial periférica¹².

Voy a centrarme en un aspecto de *El Jueves* que me parece especialmente llamativo, en la producción del desaparecido Ivá, creador del protagonista «Makinavaja», el autor más representativo de la publicación. El interés por Ivá, pese a su fallecimiento, se justifica por el éxito de sus personajes, que han pasado al teatro, TV y cine.

No recojo ningún texto en especial de Makinavaja, pese a que mediante uno sólo podrían verse muchos de los fenómenos que voy a señalar aquí. Prefiero, por el contrario, apuntar datos recopilados de los dos últimos años de la revista sin detenerme en citar ningún número especial, pues aparecen dispersos en todas las historietas, y lo que voy a tratar es fácilmente comprobable¹³.

Veamos cuáles son los recursos lingüísticos de los que se vale Ivá, y que muestran, de antemano lo advierto, un magnífico conocedor y mixtificador¹⁴ de nuestra lengua. La historieta de Makinavaja reproduce un lenguaje coloquial, con todas las dificultades que ya he señalado. Lo que me interesa es mostrar ciertas características suyas, por eso destaco los vulgarismos que se insertan en él. Pese a las complejidades existentes para diferenciar entre niveles de lenguaje, creo que no cabe duda de que un lenguaje coloquial no tiene por qué ser vulgar. Ahora bien, puede coincidir que los niveles coloquial y vulgar puedan darse en un contexto dado y entre unos interlocutores dados. Veremos cómo el empleo del lenguaje por Ivá es mucho más complejo de lo que a primera vista parece.

¹¹ Entre otras publicaciones remito a *La conversación coloquial (materiales para su estudio)*, Universitat de València, 1995 (en esta obra A. Briz es el coordinador) y a *El español coloquial: situación y uso*, Madrid, Arco Libros, 1996.

¹² A. Briz: *El español coloquial...*, pág. 33.

¹³ Me apoyo en 20 números, que abarcan desde el 1003 (agosto de 1996) hasta el 1083 (marzo de 1998). No indicaré los números de donde saco los ejemplos y opto por recoger una muestra mínima, ya que se pueden seguir los fenómenos en cualquier historieta.

¹⁴ También hay mixtificadores, que son lo mismo, pero los mixtificadores se acercan más a lo mixto, esto es a la mezcla, por eso prefiero este término. La RAE admite los dos como equivalentes.

En principio, la ortografía es heterodoxa. El autor trata de plasmar el modo de hablar de los personajes, si bien se dan ciertas contradicciones que no debemos pasar por alto.

Analicemos la grafía, tal como se ha indicado, (y las repercusiones fonéticas que conlleva):

—Acortamientos: *na, pa, to*.

Suponen el uso de formas vulgares dentro de la conversación. Constituyen un fenómeno muy generalizado.

—Aféresis: *bujero, cucha, dibujo nimao, ducación, ni pocalíptico, no seas sagerao, nosente, sacto, sactamente/sastamente, toy*.

En cada término pueden darse varios fenómenos a la vez. Aludo aquí a la aféresis para realzar este hecho. El seseo es constante, de otro modo no se entendería *nosente* = 'inocente' (pero este fenómeno es indiferente para lo que nos ocupa aquí). La pérdida de la *—d—* intervocálica constituye un hecho muy extendido (*nimao* = animado). Obsérvese que la aféresis de la sílaba puede ser de una simple vocal (*e-ducación*) o de mayor extensión (*es-cucha*).

—Alargamientos vocálicos: *aaaaj, camillerooo, cooño, hooola, naaa, ojooooo, vooooy, traaanki*.

Las formas interjectivas son las más adecuadas para reflejar el alargamiento, pero no son las únicas. Existe, por otra parte, un cuidado en los matices de la duración, pues si en la inmensa mayoría de los casos, el grafema se repite tres veces, no faltan otros desmesurados como *ojo* con cinco oes seguidas.

Aunque el alargamiento se vincula habitualmente con las vocales, se conocen casos de consonantes, como el de *passsa*. El término está en la esfera del contexto pasota y anarco de las historias protagonizadas por Makinavaja.

—Asimilaciones: *cuét. ta, dal. le, díjit. tei, economit. ta, gasta. los, gut. to, hasel. les, hat. ta, matal. lo, materialit. tas, ot. tia, pedil. le, puet. to, quemal. los, quet. to, seguil. lo, supuet. to, tocal. las, vendel. lo, vit. to*,

La asimilación de las consonantes muestra un autor consciente y culto. Así, para advertir que una doble *l* no es una *ll*, sino *l* geminada, se recurre a la solución del catalán (*El Jueves* se publica en Barcelona): una separación entre ambas. De no recurrirse a esta separación gráfica, se entenderían las formas *ll* según la vieja frase de «sostenella y no enmendalla». La asimilación se da en interior de palabra ('visto' = *vit. to*), en la unión de las formas verbales con los pronombres átonos ('venderlo' = *vendel. lo*) y en la contracción de dos palabras ('que esto' = *quet. to*). Los grupos que se reiteran son *l. l* y *t. t*, resultado de la asimilación de *rl* y *st*.

—Cambio de grafemas en posición no implosiva: *anichos, bujero, cabachero, cagon el futo cofón bendito, cha, cho, chumbo, derescha, fale, firgen, futa madre, leshe / lesche, osche / oche, pote, taxan, tranki.*

En general son confusiones, las más, de palatales: ‘anillos’ = *anichos*, ‘jumbo’ (es un avión, fonéticamente {yumbol}) = *chumbo*, ‘ya’ = *cha*. Resulta un tanto raro el intercambio de las labiales ‘bote’ = *pote*. La forma *bujero* es un claro vulgarismo. La labiodental fricativa sorda *f* se aplica a las formas con *v* de ‘vale’ y ‘virgen’ y a la *p* de ‘puto copón’. En esto casos se trata de una labiodentalización restringida tan sólo a esas formas, pues no se da por sistema en otros términos. La forma *fale* se oye en la jerga marginal. Tal vez la conversión de *p* en *f* pueda deberse al enmascaramiento de la forma blasfema, pues en otra fórmula similar, se altera como «Cagon San Peo bendito». El efecto es casi el de un disfemismo, pues el «Pedro» se transforma en una voz escatológica. Por último, en *derescha, osche* y *lesche* se quiere reproducir, mediante el añadido de la *s*, una especie de sonido prepalatal fricativo sordo, de ahí las vacilaciones con *leshe* y *oche*. La forma *taxan* parece indicar un «tachán», en la forma onomatopéyica de «tachín, tachán».

—Cambio de consonante final (en sílaba o palabra): *ajquerosa, bujcao, compoltalse, confolme, cuelpo, cuidalte, delistivos, dijcutío, efestos, efestuá, ej que, ej quel cajco, iguás, izquierda, laborás, mielda, moromielda, mortás, pol, portatis, profesionás, suelte, tástico.*

La poca información que la lengua española ofrece al final de sílaba (y de palabra) permite que las consonantes que configuran la coda puedan alterarse con facilidad. En unos casos se recurre a un fenómeno muy conocido, la neutralización *-r-l*: *pol, confolme, compoltalse, cuelpo, mielda*, siempre en beneficio de la *-l*. En otras se marca con la grafía *j* la aspiración de la *s* implosiva: *ajquerosa, bujcao, cajco*, y, por fin, en otros muchos casos, se opta por una *s* «caprichosa» en el sentido de que no tiene justificación: *iguás* (‘igual’), *izquierda* (‘izquierda’), *portatis* (‘portátil’) no responden a ninguna tendencia del español.

—Contracciones de palabras: *aquistán, a laltural betín, cai, cas, casen, dallí, dentrol, doró, duna, lo cabréi, lo custé, man, nel, neste, pal, pol pocol contenedó, quen, questá/quetá, questoy, sesconde, tabian, tas.*

La grafía muestra la pronunciación en la que las preposiciones, la forma *que* y los verbos *haber* y *estar* fundamentalmente pueden ser amalgamados sin que se produzca una ruptura en la comprensión. El contexto es básico para entender que, por ejemplo, *cas* no debe entenderse como *casa de, sino ‘que has’, o que *doro* no pertenece al paradigma del verbo *dorar, sino que es la fusión de ‘de oro’. Con gran frecuencia, la conjunción *y* se une a la palabra

siguiente cuando ésta empieza por vocal cerrada, con lo que se consigue un efecto de palatalización: *yenseguida, yen*.

—Pérdida de un grafema intervocálico: *abusao, aparcao, civilisao, cogío, deo, encargao, ío, joer, lansao, lao, peo, pervertío, pringao, procupaos, ruio, tenío, tirao, traío*.

Se trata de la *d* intervocálica siempre en las terminaciones *-ado, -ido* básicamente. El fenómeno es harto conocido en español, si bien aquí algunos casos parecen exagerados como el de *ío* por «ido», o el de *ruío* por «ruido».

—Pérdida de la consonante final (de sílaba y de palabra): *apuntalá, caló, corruptó, cualquieré, deconosía, depué, dió, dipuetos, eto, e verdá, festividá, guardia sivi, habéi, humidá, má, mové, navidá, paí, pué, sei, señó, seriedá, sufrí, uté, való, verdá*.

Este fenómeno es similar al de la reducción de las consonantes en final de sílaba. El caso extremo es la desaparición. La *r, l* y *s* son las más afectadas; sin embargo, la *n* no suele perderse. Algunos ejemplos son contradictorios como en la forma *dipuetos*, en la que se anula la *s* implosiva interna, pero se mantiene la del final de palabra.

—Simplificación de diptongos e hiatos: *pos, procupaos, trenta, urelio, uténtico, ventemil duros*.

El rechazo de la lengua española hacia los diptongos de tipo decreciente es conocido, de ahí la forma popular *urelio* (como *ugenio y *ustaquio) o la monoptongación de *pos*. Más rara es la reducción del hiato 'preocupados' por un *procupados*, ajeno a las tendencias de nuestra lengua.

—Interjecciones: *aaaaj, aaah, ay, bah, bof, coño / cooño / coñio, hey, nchts / nchst, schrrps, snf*.

Configuro un subapartado con estas formas por el especial interés que tienen y por la confirmación que nos proporciona de que estamos ante un autor que sabe emplear los recursos de la lengua española. Algunas no nos sorprenden, pero otras nos obligan a tratar de justificarlas. Es el caso de *coñio, nchts, schrrps* y *snf*. La primera forma introduce una semivocal entre la consonante palatal y el núcleo vocálico de manera que aparece una grafía poco común en nuestra lengua (habría que acudir a formas ni hispánicas como «Chiapas» y otras para encontrar un paralelismo). Las otras no son nada habituales como tales interjecciones, sin embargo todas disponen de una estructura posible en español¹⁵.

—Otros fenómenos: En los diferentes textos, Ivá introduce rasgos de un lenguaje vulgar. Puede referirse a nombres propios con artículo (*el Popeye*), a

¹⁵ Remito para estas cuestiones a mi artículo: «Aspectos fónicos y gráficos de las interjecciones», *AEF*, XVII, 1994, 383-394.

deformaciones en el pronombre personal (*mi clavao* = 'me he clavado'), a formas alteradas del verbo (*no vi* = 'no voy', *te vi* = 'te voy'), a reiteraciones de *que* (*que jodio questoy*), a uso incorrecto de preposiciones (*me dejcuidao de comprá las sambombas*) o a la construcción de formas femeninas nada ortodoxas (*en cuala mano tengo*).

—Léxico: El nivel social en el que se mueven los macarras justifica la aparición de términos propios del marginalismo: *pava* 'chica', *curro* 'trabajo', *buga* 'coche bueno', *pote* 'coche malo', *ligar* 'robar', *pipa* 'pistola', *pasma* 'policía', *madero* 'policía'. No resulta difícil ampliar la lista. Lo curioso es ver el contraste con otros de origen culto, como los *apocalípticos* (aunque sea con aféresis de la *a*-), o bien *cumplimentar* (sin la *-r* final de palabra), y la mezcla de todo con frases hechas del tipo *mové má rápido el culo* e interjecciones soeces. El deseo aparentar lo que no se es nos lleva a situaciones de deformación del francés, con resultados de una ortografía (¿?) caótica:

—*anchanté*

—¿*bu desiré pandre quelque chos maumasel?*

—*como il fó*

o bien:

—*se pa, se pa*

—*se pa drol tut sa*

—*ques que bu fetes la dedans, ein*

—*pisé*

Contradicciones

No estamos ante un lenguaje inventado —podemos extraer ya alguna conclusión— sino mezclado. Todos los fenómenos se dan español, pero no como quiere Ivá, quien, en una especie de coctelera ha fundido unos con otros. El lector menos avezado tiene la sensación de que estamos ante un lenguaje coloquial con rasgos vulgares y términos de jerga en algunos casos, y, sin embargo, no es exactamente esto lo que sucede. Sí es un lenguaje coloquial, con inclusión de rasgos vulgares y marginales, pero utilizados de forma heterodoxa y exagerado en ocasiones.

Sorprende que no exista yeísmo nunca salvo en un único caso. La procedencia de un personaje de origen argentino lleva a hablar de los *gayegos*, que es la manera que tienen de aludir a los españoles. En cambio, el seseo es constante. No se establecen diferencias de habla en función del origen social. El lenguaje unifica a todos los interlocutores. Debiera esperarse, en consecuencia, una generalización de los fenómenos señalados, y, sin embargo, no es así, sino que se dan contradicciones, muy bien dosificadas por el autor. Son como

titubeos, semejantes a los que se dan en la lengua hablada en un nivel vulgar (tipo *vamo a vé / *vamo a ver, con y sin -r final), inadvertidos para un oyente no especializado.

Es así como aparecen *lo judíos*, o *lo microbios*, o bien, un mismo personaje grita: *chorisos*, *cabrone*, *maricone*. La -s del plural ni se elimina por sistema ni se usa en todos los sintagmas. Junto a *tranki* aparece *tranquilo*, sin la *k* de raíces *akratas o *anarkas. En el mismo enunciado se alude al *señor Al*, *señó Rober*. Al lado de la asimilación de *sacal*, *le aparece venderlo*. En un texto se lee: *no crea ques caro, teniendo en cuenta, lo duro que es pasar por ensima de nuetros prinsipios éticos y morales*, donde se da una forma contracta *ques* frente a *que es*, o bien unos plurales con -s frente a la pérdida interior de esa misma consonante en *nuetros*. Incluso el seseo, tan generalizado, y este es un fenómeno en el que no caben dudas (si se sesea, el empleo de *s* alcanza a todos los términos), muestra en alguna ocasión contradicciones: *corrección*, pero *eleccione*.

Con más nitidez podemos observar las diferentes soluciones que Ivá ofrece si cotejamos el tratamiento de la -s implosiva. En una misma historieta podemos ver: asimilación (*materialit. tas*), pérdida (*utede*) y mantenimiento (*secuases*). Algo similar sucede con la -r: neutralización (*polque*), pérdida (*mejó*) y mantenimiento (*por*). Todo es posible.

En conclusión, nos encontramos ante textos escritos por un buen conocedor de la lengua española. Los textos *parecen* recogidos de oído en la calle y transcritos al papel. En las historietas no suelen aparecer más de seis personajes, entre los que se desarrolla el coloquio, muy rico en texto, es decir, predomina la lengua sobre el dibujo. El lenguaje coloquial está salpicado de vulgarismos y formas del marginalismo, pero muy dosificadas, con dudas y contradicciones.

Esta forma de «hablar» de los personajes de Ivá es la que se oye en ambientes que recrean un contexto similar. Sin más datos, responder a la pregunta de si el autor recogió con fidelidad una manera determinada de habla o bien, al contrario, se inventó un tipo de habla que pasó a la sociedad no es fácil de responder. Tal vez se haya dado una ósmosis entre ambos. No sería ni la primera ni la única vez que esto ocurre en la historia de la lengua española. Que se exageren los fenómenos más allá de que nuestra lengua dispone, que se dosifique con tanta habilidad, que se proporcionen resultados diversos para casos iguales, hacen sospechar en un autor muy hábil en el empleo del idioma. La popularidad de su personaje ha podido imponer (esto es, influir) determinados usos. Ciertamente, cuando se imita este tipo de lenguaje, se recurre, no en vano, a los fenómenos señalados aquí.